

II

Puesto que decididamente he entrado en la *vía dolorosa* de las más íntimas confidencias, y me complazco ya en esa franqueza que hace al hombre honrado, hablemos del quizá único vicio imperdonable que yo tengo, entre tantos y tantos otros.

—La manía, el furor de beber... ¡eso!

En primer lugar, yo bebía mucho cuando iba a ver a mi tío a Fampoux, cerca de Arras, un pueblo grande célebre por un terrible accidente de ferrocarril. Víctor Hugo ha dicho: "El Fampoux de una conciencia".

Pues bien; la primera vez que yo bebí, podía tener, en efecto, diecisiete o dieciocho años. ¡Conocía, por lo tanto, a la Hembra, y les aseguro que honraba mucho a esa santa!

Así que no tenía ya ninguno de esos escrúpulos pueriles que lamento, harto vanamente, no tener ya, a pesar de esta vaporosa salud que me advierte y habla, según creo, a un sordo.

Y no sin retozar con las chicas de allá y darles con el codo en las granjas y hacia los molinos emborrachándome que era un gusto, con el vano pretexto de que así se orinaba.

Ya he quitado hierro, aunque sigo luchando lo mejor que puedo, que es, en todo caso, bien.

Nota aquí que en el ardor y entusiasmo quizá de hablar de mi pecado favorito—¿favorito?—, olvidó un montón de cosas, tan importantes, por lo menos, como las que acabo de decir.

En primer lugar, publiqué los *Poemas saturnianos* en casa de Alfonso Lemerre, inmediato sucesor, por aquel entonces, de Percepied, librero religioso, y que como hombre inteligente que era y sigue siendo, desvivíase por editar espléndidamente la obra completa de la *Pléyade francesa*, del siglo XVI.

A ese libro, del que ya hablé lo suficiente, siguieron las *Fiestas galantes*, que gustaron más, y la *Buena canción*, de la que voy a hablar —¡oh, incidentalmente!— para, mediante

un rodeo algo largo, pero muy lógico, volver a mi, según dicen las malas lenguas, ya incorregible embriaguez.

Contaba yo entre mis mejores amigos a Carlos de Sibry, simpatiquísimo, como hombre, y compositor de tan gran talento, que me parece predestinado para ocupar en el amor y el respeto de los jóvenes, el lugar del tan llorado Manuel Chabrier, y solía ir a buscarlo a su casa para tomar con él el aperitivo de la tarde.

Un día, cuando nos disponíamos a salir, vi entrar, después del tac-tac de rigor, a su hermana, una señorita joven, que vestía un traje gris y verde, y era una morenita muy simpática.

Al punto, con mi impaciente temperamento, me enamoré de ella, y así fué como escribí la *Buena canción*.

¡Oh —como dice Víctor Hugo en un verso del que rara vez he encontrado la pareja vibrante y viviente!

¡Oh, mis cartas de amor, de virtud, de juventud!

Porque debo deciros que fué por cartas, estando ella de veraneo en Normandía y yo en París, donde me retenía mi oficina del Ayuntamiento, como fué compuesto ese querido librito que es todavía, ¡oh, jóvenes que gustáis de mi obra, lo que más sigo yo estimando de esa pobre obra mía!

Desde aquel día dató lo que se llama comúnmente “una nueva era” en mi vida. La manera, o mejor dicho, el giro de mi conducta hasta entonces, desde mis veinte años —y tenía a la sazón veinticinco cumplidos —un poco suelta de riendas, si no enteramente desbocada, tendió a regularizarse, a sentar la cabeza, para hablar a lo burgués; en una palabra, pensé hacer punto final, como yo era en realidad muy joven, un buen final, tregua y término a los excesos, bebidas, mujeres, comienzo de cordura, ¡no, no tanto!, moderación con miras a una posible y probable dicha o, por lo menos, tranquilidad conyugal...

Pero para que se aprecie bien y se guste esa fase tan importante de mi juventud, conviene dar otro salto atrás, después de lo cual ya estas notas irán más aprisa, hasta casi la época actual, que es —así lo espero o lo temo, o ambas cosas a la vez— la última de esta serie desagradable, ¡en definitiva!, de acontecimientos contradictorios que fué y sigue siendo la existencia, la mía.

Hacia seis y cinco años que se habían sucedido dos grandes pesares para mi corazón. Mi padre, a consecuencia de una caída que dió en la escalera, había contraído, unos ocho o diez meses antes, una enfermedad de la médula espinal, que se manifestaba en forma de ata-

ques epileptiformes, que, según creo, calificaban los médicos de serosos, que eran cada vez más frecuentes e iban seguidos de alelamiento y, a lo último, de regresos intermitentes a la infancia, acompañados de dificultad extrema de palabra y de accidentes atáxicos sumamente alarmantes y penosos para nuestra tristeza, de mi madre y mía.

Para concluir pronto con este recuerdo, tan vivo todavía, por más que ya cuente treinta años de fecha, el 30 de diciembre de 1865 perdí a mi padre. Si cito este detalle, que puede parecer demasiado preciso, es porque, debido a la circunstancia misma de la fecha, tuve el suplemento de pena de enterrar a mi pobre padre el 1º de enero. ¡Aquel trayecto fúnebre por entre las fiestas y el alborozo de aquel día tanroso se me ha quedado en la memoria como una de las más odiosas faenas y uno de los más dolorosos deberes!

Añádase a esto que, por si era poco, había tenido yo el día antes, en el Estado Mayor de la plaza, una discusión enconadísima a propósito del piquete de honor debido a la graduación y a las condecoraciones de mi padre. "Como al otro día era día de fiesta, no podían enviar el piquete; pero si yo quería, quizá hubiera medio de sacarlo de la Guardia Nacional". Al oír aquello no pude contener la risa, a pe-

sar de mi pena; y porfié además tan tercamente, secundado en mi justísima reclamación por un antiguo compañero de mi padre que iba conmigo, que, por fin, me concedieron el piquete de tropa... Pero todas esas menudencias habíanme exacerbado los nervios, y recuerdo como si fuese cosa de ayer, el estado de irritación que, gracias a eso, se mezclaba en aquel día de turbas nsciamente festeras, y de mi tan profundo duelo, a mi abatimiento y postración de hijo desesperado.

Porque yo amaba profundamente a mi padre, que había sido tan bueno para mí. Véase un ejemplo entre miles: durante los ocho años que pemanecí en la pensión L... no dejó de ir a verme ni un solo día, llevándome siempre alguna golosina, incluso, en su tiempo, sabiendo que yo perecía por ellas, judías verdes con aceite y vinagre, en un tazón, y los jueves por la noche tenía buen cuidado de entregar en la cocina para mí comida del día siguiente —en la pensión se comía de vigilia— una de esas chuletas “detalladas”, que son divinas, o algún *romsteak* que, a buen seguro, hubiérame envidiado Albión... ¡Pobre papá!

Mi prima Elisa, que se había casado hacía algunos años en el Norte, cerca de Douai, llevaba enferma algún tiempo de resultas de un parto difícil, y su médico —¡que Dios lo perdone!—

C O N F E S I O N E S

recetábale, entre otras drogas, morfina, que entonces se tomaba, no en inyecciones subcutáneas, sino por la boca. Mi prima, que sentía un gran alivio a cada cucharada, concluyó según suele ocurrir a los enfermos que consumen esa droga, por aficionarse a ella y cargaba la dosis, temeraria acaso de por sí, que le recetaba el médico rural, tanto que un día en la mesa, a los postres, en ocasión de estar cantando con aquella hermosa voz que tenía, por dar gusto a su marido, lanzó de pronto un gran grito y cayó presa de alarmante síncope.

Un telegrama enviado inmediatamente por el marido de Elisa a mi madre determinó a ésta a trasladarse en seguida al lado de la enferma y yo me quedé solo en la casa, de la que tantas veces tenía que ausentarme para ir a mi oficina del Ayuntamiento, donde llevaba ya empleado algunos años. Una asistenta venía por las mañanas, y después de hacer sus faenas y calentarme el caldo, salía al tiempo que yo. Después de la oficina comía yo en algún Duval del barrio Montmartre. Transcurrieron así dos días henchidos de horrible ansiedad, y al cabo de los cuales recibí un telegrama en el que me decían que me trasladase allá inmediatamente. Tomé en seguida un coche, que me llevó en menos de veinte minutos al Ayuntamiento, donde pedí dos días de licencia que me

fueron concedidos por mi jefe, no sin su correspondiente refunfuño y sus recomendaciones encarecidas de que estuviese allí de vuelta el día convenido. Ya comprenderá usted: se nos echa encima el empréstito municipal y vamos a tener trabajos extraordinarios... —patatín y patatán—. Además, que le interesa a usted no faltar, pues con ese motivo van a concederse gratificaciones muy considerables.

A mí, a la verdad, se me daba un ardite del empréstito y de los trabajos extraordinarios y de mi interés y de las gratificaciones, y montando de nuevo, volví a casa, hice a toda prisa la maleta y tomé el expreso de V..., la estación más cercana a la aldea donde vivía mi pobre prima.

Llegué allí con un tiempo horrible de febrero, con un llover a cántaros, viento furioso y helado, con mi maleta en una mano y en la otra un paraguas del que, en atención al huracán, no me era posible servirme, sino como de bastón. Aparte de que ¿qué tenía yo que se me pudiera estropear, quitando una castora encasquetada hasta las orejas, ni qué me importaban, quieren decírmelo, la lluvia y el fango y todo eso, aunque hubiera ido vestido como un príncipe? Así que corriendo, más bien que andando, me hundí en la oscuridad y en el fango de un camino de tres leguas "largas".

En qué situación de ánimo, ¡no, de corazón más bien, realicé aquel espantoso peregrinaje, fácilmente se supondrá. Llegué, por fin, calado como una sopa, de lluvia, de sudor y de lágrimas —porque, ¡qué ansiedad!, ¿vivirá todavía?, ¡la quería yo tanto!— a los confines del pueblo, desde donde al punto escuché un toque de campana, luego dos, luego tres, y, por último, todo un doble. Como loco, entré en una taberna del camino.

—¡Ah, es usted, señor Verlaine!

—¿Y la señora de D...?

—Ahora van a enterrarla.

Apuesto cualquier cosa a que no tardé más de un minuto en llegar a la casa de donde había de salir el horrible cortejo. Mi primo político, hecho un mar de llanto, echóse en mis brazos, y largo rato permanecimos abrazados... A mi madre daba lástima verla. Quería a Elisa como a hija suya. Háganse cuenta, era hija de una hermana muy querida que había muerto en plena juventud, y mis padres habíanla adoptado y criado con ellos, lejos de su padre, un hombre bueno pero borracho, al que, obrando con gran prudencia, sólo le habían dejado el hijo, aquel cazador de Vincennes de que ya hablé en los primeros capítulos de estas *Confesiones* y que tan persuasivamente volvió a llevarme a la pensión L...

PAUL VERLAINE

Pasé al salón donde estaba la difunta de cuerpo presente. Echéle el agua bendita y salí de allí tambaleándome.

En aquel preciso momento sonaron en el patio de la fábrica —mi primo era “azucarero” como dicen por allá— los cantos litúrgicos. Era demasiado tarde para pensar en cambiarme de ropa, y todo manchado de fango y chorreando agua como un perro mojado, y bajo el interminable chaparrón de todo aquel día, seguí a mi prima, mi querida, siempre llorada, buena y bien amada Elisa, a la que conducían a hombros ocho viejas envueltas en largos mantos negros con un inmenso capuchón como monástico, redondo y ancho, sobre sus frentes de tristeza no fingida, pues la finada había sido muy buena con los pobres, mientras agrio y falso desgranábase el *De profundis* de los sochantres más acostumbrados a los trabajos campestres que a las Nenias que estaban salmodiando...

Durante los dos días siguientes, no probé bocado; lo que hice fué beber.